

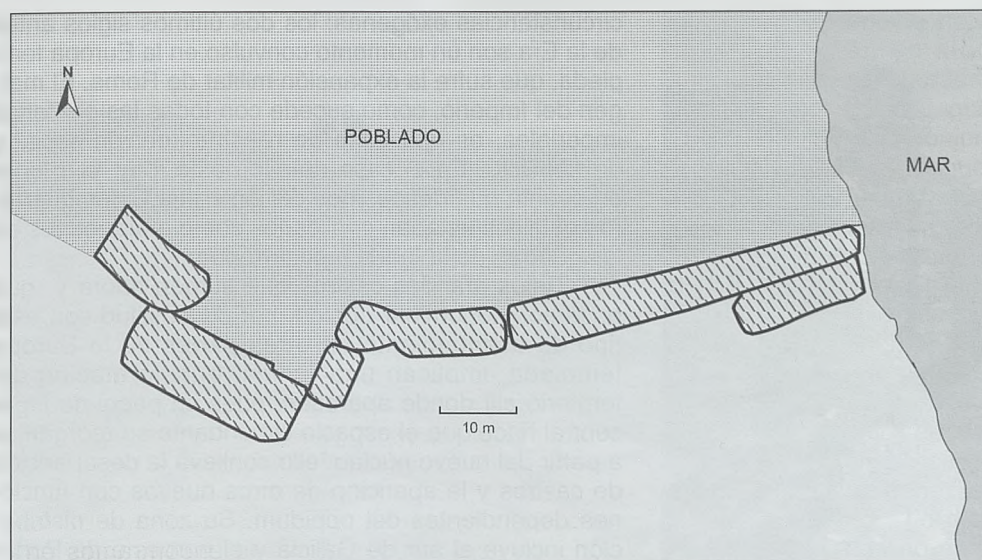


Figura 15. Esquema de la muralla de módulos de Campa Torres

mente ocupados con casas circulares de paredes íntegramente en piedra. En las zonas de interior la aparición de arquitectura doméstica pétreo es más tardía. En Lugo y el interior de Ourense encontramos casas de planta cuadrada o rectangular, con esquinas curvas desde el siglo III a.C. En el interior de Pontevedra y A Coruña, las casas de circulares y de planta angular alternan, en espacios escasamente ocupados, y se siguen construyendo en materiales perecederos (madera y barro) hasta momentos tardíos, en ocasiones hasta el siglo I a.C., aunque se conocen casas de piedra desde inicios de la Segunda Edad del Hierro.

Un tipo particular de defensas es la que ofrecen los castros asturianos: se trata de las murallas de módulos, que caracterizan a los recintos de la Segunda Edad del Hierro. Los castros asturianos tienen historias de vida por lo general más largas que los gallegos: aquí no se advierte tan claramente el abandono de fines del siglo V a.C. que vemos en Galicia y norte de Portugal. Por lo tanto, las nuevas murallas de módulos simplemente reemplazan a las antiguas, como vemos en Campa Torres y Chao Samartín (Fig. 15). Este tipo de fortificación se distingue fácilmente por el uso de lienzos independientes de esquinas curvas, que se van adosando unos a otros—en vez de formar una línea continua de muro, como es lo habitual. Se encuentran en toda la zona asturiana, tanto en la parte oriental como en la occidental, es decir, en tierras ya tradicionalmente galaicas. Jorge Camino ha defendido un origen mediterráneo para estas estructuras, que se basarían en las murallas de casamatas de tipo helenístico.

También son peculiares las fortificaciones de otra área periférica: Tras-ós-Montes. Por desgracia, tenemos un conocimiento muy escaso de esta zona, en la que prácticamente no se han hecho excavaciones o se han hecho con pésima metodología. Lo que sabemos gracias a trabajos de prospección y catalogación como los de Sande Lemos es que los castros

de esta zona tienen unas peculiaridades importantes. Contamos, por ejemplo, con varios casos de poblados defendidos con campos de piedras hincadas, como el de A Curalha en Chaves. Las piedras hincadas como recurso defensivo se documentan también en los montes de Zamora, León y el oriente de Lugo. En Tras-ós-Montes es bastante común la presencia de torreones, un rasgo ausente en el resto de los castros galaicos. Ambos elementos pueden entenderse como influencias meseteñas, que se perciben también en la

escultura (verracos) y fíbulas. El uso de la pizarra en toda la franja oriental del Noroeste peninsular ha dado lugar a monumentales murallas, con frecuencia muy bien conservadas en altura.

La exageración de las defensas de algunos castros, que supera lo meramente funcional llama particularmente la atención. Esto hace pensar que además de la finalidad defensiva, que sin duda cumplieron, las labores de fortificación debieron constituir una práctica social de relevancia, una forma de representar a la comunidad y de implicarla en una actividad de agregación social. Estos actos de construcción colectiva estarían organizados, como vimos al hablar de la Primera Edad del Hierro, por los grupos dominantes en cada castro. Lo dicho no nos debería llevar a sostener, como se ha hecho, que las sociedades castreñas eran pacíficas y que las murallas representaban simplemente un símbolo de identidad comunitaria. Si la idea era construir un símbolo comunitario, se podría haber recurrido a cualquier otro elemento, como una cabaña colectiva, un santuario, un cementerio... Si se decidió elegir la fortificación—y una fortificación claramente útil, orientada a la defensa más efectiva del castro—es porque el mundo de la Segunda Edad del Hierro era un mundo con un grado notable de conflictividad entre distintos grupos. Es decir, la gente necesitaba defenderse de sus vecinos.

Un elemento que parece común a muchos complejos defensivos de la Primera Edad del Hierro es la monumentalización de las entradas. Ésta adquiere diversas formas. En los castros del interior, como Cantelle, en Pontevedra, o Seixalbo (Lugo), los accesos a los castros se protegen con una especie de doble túmulo de tierra, que cumple la función de dar realce a la entrada y al mismo tiempo formar un nuevo obstáculo que dificulta el acceso. Este tipo de entrada puede ser una versión en tierra de las puertas castreñas de piedra con engrosamientos a ambos lados, a modo de torreones. Este modelo se puede apreciar en el castro de Elviña. Aquí encontramos, además, un